

y van á llevar á su tierra la reputacion del *emir Frangi*, (*el príncipe de los Francos*) que es el nombre que me han puesto, y el único con que soy conocido en todas las cercanías de Berut y aun en el pueblo; y como esta consideracion puede sernos de mucho provecho en nuestras correrías por esas montañas, M. Jorelle y los cónsules europeos tienen la bondad de no desengañarlos y de dejar pasar al humilde poeta por un personage poderoso en Europa.

Es imposible figurarse la rapidez con que circulan las noticias de boca en boca en la Arabia; ya se sabe en Damasco, en Alepo, en Latakié, en Saide, en Jerusalem, que ha llegado un estrangero á Siria y que va á recorrer estas regiones. En un pais donde hay poco movimiento en las cosas y en los ánimos, el mas pequeño suceso inusitado llega á ser de repente el objeto de todas las conversaciones; circula con la rapidez de la palabra, de una tribu á otra; la imaginacion sensible, eesaltada, de los árabes, lo abulta y lo colora todo, y en quince dias se forma una fama á cien leguas de distancia. Estas disposiciones de este pais, disposiciones de que lady Stanhope ha hecho experiencia en otro tiempo, en circunstancias ~~parecidas á las mías,~~ nos son demasiado favorables para que nos quejemos de ellas: les dejamos que hagan y que digan, y acepto, sin desengañarlos, los títulos, las riquezas,

las virtudes imaginarias de que me ha dotado la imaginacion arabe, para deponerlos en seguida humildemente, volviendo á las justas proporciones de mi nativa medianía.

27 de Septiembre, 1832, torre de Facardin.

Hemos pasado todo el dia en la boda de la jóven siria-griega. La ceremonia empezó por una larga procesion de mugeres griegas, árabes, y sirias, que han venido, unas á caballo, otras á pié por los senderos de áloes y de moreras, á asistir á la novia durante este fatigoso dia. Ya de algunos dias y de algunas noches á esta parte, cierto número de esas mugeres no sale de la casa de Habib-Bárbara, ni cesa de prorumpir en gritos, cánticos y gemidos agudos y prolongados por el estilo de la gritería que arman los vendimiadores y los segadores en los collados de Francia en la época de la cosecha. Esos clamores, esos lamentos, esas lágrimas y esas alegrías de convencion deben impedir á la novia pegar los ojos algunas noches antes de la boda. ~~Los viejos y los mozos de la familia del marido hacen otro tanto por su parte y no le dejan sosegar lo ménos en ocho dias.~~ No puedo explicarme los motivos de este uso.

Introducidos en los jardines de la casa de Habib, han hecho entrar á las mugeres en el interior de los divanes para dar el parabien á la novia, admirar su atavío y ver las ceremonias: á nosotros nos dejaron en el patio, ó nos hicieron entrar en un divan inferior, donde estaba servida una mesa á la europea, cargada de una multitud de frutas en dulce, de bizcochos y tortas, de licores y sorbetes, y toda la tarde se estuvo renovando esta colacion á medida que la despachaban los convidados, que eran muy numerosos. Yo logré por escepcion, introducirme hasta el divan de las mugeres en el momento en que el arzobispo griego daba la bendicion nupcial. La novia estaba de pié al lado del novio, cubierta desde la cabeza hasta los piés de un velo de gasa colorada bordada de oro: el sacerdote separó un instante el velo, y el jóven pudo vislumbrar por primera vez á la muger con quien iba á unir su vida, y que era admirablemente hermosa. La palidez de que cubrian sus mejillas el cansancio y la emocion, palidez realzada por los reflejos del velo colorado y los innumerables aderezos de oro, plata, perlas y diamantes de que estaba cubierta, y por las largas trenzas de su pelo negro que caian al rededor de su talle, sus pestañas pintadas de negro, igualmente que sus cejas y el borde de sus ojos, sus manos en que se veían las puntas de los dedos y de las uñas teñidas de en-

carnado, con el *kéné* (1) formando dibujos moriscos; todo daba á su hechicera hermosura un carácter de novedad y de solemnidad para nosotros, que nos dejó verdaderamente pasmados. Apénas tuvo tiempo su marido para mirarla; parecia rendido bajo el peso de las vigiliias y de las fatigas con que aquellos raros usos agotan hasta las fuerzas del mismo amor. El obispo tomó de manos de uno de sus sacerdotes una corona de flores naturales, la puso sobre la cabeza de la novia, la volvió á coger, la colocó sobre la cabeza del novio, otra vez la volvió á coger para ponerla sobre el velo de la esposa, y así la pasó varias veces de una cabeza á otra: luego les pusieron igualmente y les quitaron varias veces un anillo: partieron en seguida el mismo pan, bebieron el vino consagrado en la misma copa, hecho lo cual se llevaron á la novia á otras piezas, adonde solo las mugeres pudieron seguirla, para hacerla mudar de trage. El padre y los amigos del marido le llevaron por su parte al jardín, donde le hicieron sentarse al pié de un árbol, rodeado de todos los varones de su familia: entónces llegaron los músicos y los bailarines, y continuaron hasta despues de puesto el sol sus sinfonías bárbaras, sus agudos gritos y sus contorsiones al rededor del jóven, que se habia dormido al pié del

(1) En latin *lausonia*, planta polipétala, cuyo jago tiene un color encarnado rojo y subido.—N. [del T.]

árbol y á quien sus amigos despertaban en vano á cada instante.

Cuando llegó la noche, le llevaron solo y en procesion hasta la casa de su padre: solo al cabo de ocho dias se le permitia al nuevo esposo ir á buscar á su muger y llevársela á su casa.

Las mugeres que atronaban con sus gritos la casa de Habib-Bàrbara, salieron tambien un poco mas tarde. No hay nada mas pintoresco que aquella inmensa procesion de mugeres y de muchachas vestidas del modo mas estraño y espléndido, cubiertas de brillantes pedrerías, rodeadas de sus criadas y sus esclavas, que llevaban hachas de pino resinoso para alumbrar su marcha, y prolongando así su luminosa fila por entre los largos y angostos senderos de àloes y de naranjos, en la orilla del mar, á veces en silencio, á veces prorumpiendo en gritos que resonaban hasta sobre las olas ó sobre los grandes plátanos del pié del Líbano. Volvimos á nuestra casa, inmediata á la quinta de Habib, dondo todavía oíamos el ruido de las conversaciones de las mugeres de la familia; subimos á nuestra azotea, y por largo rato seguimos con la vista aquellos fuegos errantes que circulaban por todas partes por entre los árboles en la llanura.

29 de Septiembre, 1832.

Se habla de una derrota de Ibrahim. Si el ejército egipcio llegase á experimentar un reves, la venganza de los turcos, oprimidos hoy aquí por los cristianos del Líbano, seria de temer, y podrian ocurrir graves escesos en las quintas y caseríos aislados particularmente como el nuestro. Me he decidido á alquilar tambien por precaucion, una casa en la ciudad; esta mañana hallé una que puede alojarnos á todos; se compone, como todos los palacios árabes, de un pasadizo oscuro que remata en la calle por una puerta de arco rebajado; este pasadizo conduce á un patio empedrado de mármol, y rodeado de divanes ó salas abiertas; en verano se pone un toldo sobre ese patio, y allí es donde están los árabes para recibir las visitas; un surtidor de agua corre y murmura en mitad del patio, y cuando no hay manantial, hay á lo ménos un pozo cerrado en uno de los ángulos; de ese patio se pasa á varias grandes piezas enlosadas de mosaicos ó de baldosas de mármol, y decoradas hasta una altura de como hasta dos pies, ó de mármol esculpido en nichos, ó de ensambladuras de cedro amarillo admirablemente labrado; para pasar de la primera parte de esos divanes á la se-

gunda hay que subir un escalon, y dicha segunda mitad está defendida por una balaustrada de madera primorosamente tallada; los esclavos y los criados están en la primera parte, de pié, con la taza de café, el sorbete ó la pipa en la mano; los amos están sentados sobre alfombras y reclinados sobre almohadones en la segunda:—en general, en el fondo de la pieza se halla una escalerita de madera escondida en la ensambladura y que conduce á una especie de tribuna elevada que ocupa el fondo de la estancia: esa tribuna da, á un lado, sobre la calle por ventanillas de arco diagonal guarnecidas de graciosos enrejados, y por el lado de la habitacion tiene tambien otros enrejados de madera en que los ebanistas del pais ostentan todo el arte de sus dibujos y de su ejecucion: esas tribunas son muy angostas, y no pueden contener mas que un divan cubierto de colchones y cogines de seda: allí es donde los turcos y los árabes ricos se retiran por la noche; los demas se contentan con echar almohadones en el suelo y sobre ellos duermen vestidos, sin mas manta ni sábana que las hermosas pieles que llevan generalmente.

Cinco ó seis piezas por este estilo hay en mi casa de la ciudad en el primer piso, y otras tantas en el segundo, ~~ademas de un gran número de piecitas~~ ~~altas é independientes~~ para criados europeos; los jenizaros y los *sais* (criados árabes) duermen en la puerta de la calle, ó bajo el pasadizo ó

portal, ó en el patio; nunca se piensa en buscarles un sitio ó una cama; el pueblo aquí no tiene mas cama que el suelo y una estera de Egipto; la belleza del clima ha provisto á todo, y nosotros mismos experimentamos que no hay cielo de cama mas delicioso que este hermoso firmamento estrellado, adonde las ligeras brisas del mar traen un poco de frescura y brindan al sueño; hay poco ó ningun rocío, y basta cubrirse los ojos con un pañuelo de seda, para dormir á cielo raso sin ningun inconveniente.

Esta casa no es mas que una seguridad para mi muger y mi hija, en caso de retirarse Ibrahim Bajá; me he contentado con recoger las llaves, y no la ocupariamos sino en el caso de que el resto del pais fuese inhabitable. Bajo la garantía de los cónsules europeos, en una ciudad cerrada con murallas, y al lado de un puerto donde siempre están fondeados buques de todas las naciones, no puede haber peligro inminente para unos viajeros. He alquilado la casa de la ciudad por un año, á razon de mil piastras, es decir, sobre mil doscientos reales; las cinco casas reunidas no me cuestan mas que tres mil piastras, es decir, entre todo, unos cinco mil trescientos reales al año, por tener seis casas, de las cuales una sola, la de la ciudad, costaria por lo ménos mil duros en Europa.

Hay, en una legua de tierra, à la izquierda de la ciudad, una de las mas deliciosas habitaciones que pueden desearse en el mundo; pertenece à un rico comerciante turco, à quien he hecho proponer que me la ceda: no ha querido alquilármela; pero me ha ofrecido vendérmela por treinta mil piastras, es decir, sobre dos mil duros: se levanta en medio de un jardin muy espacioso, plantado de cedros, de naranjos, de vides, de higueras, y regado por una hermosa fuente de agua manantial; el mar la rodea por todos lados, y la espuma va à bañar el pié de las tapias; toda la hermosa rada de Berut se estiende à la vista con sus buques anclados, oyéndose desde allí el son del viento en las jarcias; la limita un antiguo castillo moruno que avanza dentro del mar, y está unida à hermosas praderas verdes por medio de puentes, y cuyas altas almenas se dibujan en sombra sobre el fondo de las nieves del Sannin, dejando ver en sus intervalos los centinelas de Ibrahim que se pasean por ellas mirando el mar.

La casa es mucho mas hermosa que la que acabo de alquilar. Todas las paredes están cubiertas de mármoles, admirablemente esculpidos; surtidores de agua eternos murmuran en medio de las piezas del piso bajo, y largos balcones enrejados y salientes que dan la vuelta à los pisos superiores, permiten à las mugeres pasar, sin ser vistas, los dias y las noches à cielo raso, y recrear sus mira-

das en el admirable espectáculo del mar, de las montañas y de las animadas escenas del puerto. El turco, dueño de la casa, me ha recibido perfectamente; me ha prodigado los sorbetes, las pipas y el café, y él mismo me acompañó à todas las piezas, despues de haber enviado à un eunuco negro à prevenir à sus mugeres que se retirasen à un pabellon del jardin; pero cuando llegamos à su habitacion ó harem, todavía no se habia ejecutado esta órden, y vimos cinco ó seis jóvenes, unas de quince à diez y seis años à lo mas, otras de veinte à treinta, en aquel lindo y hermoso trage de las mugeres árabes, y en todo el desórden de su atavío casero, que se levantaban precipitadamente de sus esteras y de sus divanes, las piernas al aire y descalzas, unas tapándose la cara con un velo, otras llevando en los brazos criaturas de pecho, con toda la vergüenza, con toda la confusion naturales en semejante sorpresa; metiéronse en un corredor oscuro y el eunuco se puso à la puerta. El comerciante árabe no pareció en manera alguna incomodado por aquella circunstancia, y visitamos todas las piezas interiores del harem, como hubiéramos podido visitar una casa de europeos.